

HAIKAI HYDROCALIDOS: LUIS AVELAR GONZALEZ

Como apertura a este encuentro, un pequeño libro me lleva hacia él. Se trata de los *haikai* del poeta hidrocálido Luis Avelar González (Aguascalientes, México, 1962). Antes de ingresar al texto, situemos al haikú histórica y genéricamente teniendo en cuenta algunas consideraciones preliminares.

Los antecedentes directos de esta forma poética tienen su origen en la tradición japonesa del *ranga*, poema encadenado en treinta y un sílabas divididas en dos grupos estróficos, en cuya composición participaban colectivamente varios poetas (recuérdese al cadáver exquisito que degustaban los poetas vanguardistas de occidente). Sin embargo, fue el poeta Basho (1664) quien dio forma y estructura definitiva al haikú, aislando del ranga una estrofa que constara con sólo tres versos y diecisiete sílabas.

Pero más que sólo ser estilo, forma o género poético, el haikú se entiende y extiende fugaz como momento de meditación. Según Basho, es la anotación y captura “de lo que está ocurriendo aquí, en este lugar, en este instante”, radicando su complejidad factual en la certeza de conjugar y conjurar con sencillez, el delator asombro del ser ante la presencia de las cosas, el dar cuenta del misterio natural en la desenvoltura de la *res* cósmica ante la expectación no especulativa del poeta. Octavio Paz manifiesta que no se trata de poesía escrita o dibujada, sino que va más allá; es “poesía vivida, experiencia poética recreada”.

Ejercicio poético de alta complejidad quizás no advertido, ya por su condensación y proceso lector llano, libre de carrascales lingüísticos. Como sujetos estructurados en la cosmovisión y tradición occidental del pensamiento, es (sería) imposible reproducir caligráfica, fónica y visualmente el haikú japonés desde estos lados del orbe. Sería pedir que un asiático escribiera sonetos a la manera barroca del culteranismo gongorino o del conceptismo hispánico de Quevedo, que reprodujera la estructura pensante y la visión de mundo bajo esa forma heráldica y temporal que suele ser la escritura de un soneto.

Sin embargo, como los fuegos que no queman, hay y tenemos excepciones, tal el caso del introductor del haikú en México, el poeta Juan José Tablada en 1905, manifestación de apertura y cosmopolitismo del modernismo literario hispanoamericano, otros cautivantes del haikú fueron el ya aludido Octavio Paz, Juan Ramón Jiménez y Jack Kerouac,

incluyendo a un representante local (coquimbano) el runrunista Benjamín Morgado (1909 -2000).

Los paratextos indican que Avelar entra en 1982 al circuito literario y desde esa fecha cautela galardones entre certámenes regionales y nacionales, uno de ellos el Premio Nacional Jesús Reyes Heróles (1987). El libro como objeto es de una cuidadísima edición, incluyendo bellas viñetas e ilustraciones que dialogan en concordato con los textos. Cito algunos textos:

La vanidosa luna
hace un espejo de cada
de cada laguna.
Con su tuba de barro
entona una canción
el sapo.

Efectivamente estos versos, tanto en las imágenes que nos pone en la retina como en los sonidos dejados a la orilla del oído, colman de levedad el acontecer extraordinario que sucede invisible pero no inasible en cotidianidad: “Veloz se aleja / con su gota de sol / la empeñosa abeja”.

O la capacidad de asombro inmenso, sin peso ante los juegos secretos que tienen lugar en el reino submundano de la naturaleza inmersa en el pantanoso platanal: “El chapulín: / hierbita saltarina / de mi jardín. Otro hermoso gesto que es capaz de capturar el poeta aparece en los siguientes versos:

Geómetra repentina,
trazadora de ángulos:
golondrina.

Es una niña la luna,
su cara palidece
porque de noche se asusta.

Sin más que el aprecio por el don de estar y ser, es que el poeta se despliega de su ser y se alza y extiende sus dominios incluso sin temer a perderlos si es que esto implica la experiencia de introducción en el reino de lo natural con su lógica de tiempos y espacios en distensión, en la *espergesia* universal de un cosmos que germina, poliniza y goza

sus excesos, traducidos en un lenguaje inverso, es decir, en la inventiva humana de cómo contener el todo sino que a través de la armonía en su contrario, en la leve brevedad, en la condensación de lo que tiene tanta potencia que no amerita la grandeza de las cantidades, sino la fragancia o letalidad del “frasco chico”. Tal la poesía o poética de lo breve leve expresado en los haikus del poeta mexicano: “Cae el granizo en las tejas / y arranca una melodía / de alegre marimba nueva”.

(La Serena, 2003)